

NICOSIA - La ciudad dividida (2011)

Me llamo Marina y mi súbito interés por Chipre había empezado en Barcelona, cuando asistí a la presentación de una patente para trasladar fotografías de pinturas murales a su lugar de procedencia. En el simposio hice amistad con Diana Theoxaris, de mi misma edad, y su marido Kypros Kyprianon, unos años mayor. Ambos se dedicaban, igual que yo, a la restauración de bienes patrimoniales. Eran chipriotas pero repartían su tiempo entre Tesalónica, en Grecia, donde Kypros era además profesor agregado en la Universidad, y Nicosia, donde tenían el taller de restauración.

El nuevo sistema de incorporar fotografías de alta resolución de los murales sustraídos a su lugar original, adaptándose a las rugosidades de la pared, había interesado al Arzobispado de Nicosia, razón por la cual Diana y Kypros asistían al simposio de Barcelona. Fueron ellos que me dieron las primeras noticias de las iglesias profanadas y saqueadas por los turcos a partir de 1974.

Ambos se sentían totalmente griegos, pero según ellos, el sueño de la Enosis, la unión con Grecia, se había perdido. En Chipre no se sentían libres y después del referéndum de 2004 no creían que hubiese otra posibilidad de reunificación. Mis nuevos amigos daban repetidamente la culpa a los británicos de todo lo que había sucedido. Según ellos el Reino Unido había dado armas a los turcos. Me contagiaron la tristeza por la situación de su país se y cuando me invitaron a visitarles, la cita quedó apuntada con mayúsculas en mi agenda. Quería ver y saber más sobre aquella isla y decidí explorar la verdad por mi misma, más allá de las versiones, muchas veces contradictorias, según que las fuentes consultadas sean griegas, turcas o británicas. Nicolás se apuntó enseguida.

Desde el primer día aparecieron en nuestro camino, como si hubiesen estado programados, una serie de personajes que encarnaban todos los puntos de vista y al final, cuando el mosaico se hubo completado, mi opinión sobre el problema ya estaba formada.

Encuentro con el Páter Dionisos

– Los soldados entraron en el refectorio de San Barnabas y nos ataron las manos, mientras nos insultaban y golpeaban. Después de unas horas de incertidumbre, nos metieron en un camión amarrados por el cuello los unos con los otros. El oficial al mando dio unas órdenes en turco que no comprendí. Había tanto odio en la mirada de aquellos hombres que pensé que nos iban a matar. Toda la comunidad –nos dijo el anciano pope sin mediar pregunta alguna por nuestra parte– fuimos llevados a un campo de prisioneros.

Nicolás y yo llegamos al convento de Agios Georgios Alamanou al mediodía del jueves, once de Septiembre de 2009. Era el primero de los que visitábamos en nuestra escapada a Chipre. Fue fundado hace novecientos años pero ahora ofrece un aspecto muy actual. En la fachada se abre la puerta principal, a partir de la que se accede a un gran patio interior. A la derecha de esta entrada varias puertas más pequeñas se abren a distintas dependencias.

Todas estaban cerradas, menos una, a la que me llevó mi instinto. Nada más entrar, el religioso vino a nuestro encuentro para darnos la bienvenida a su cuarto que además era, o había sido, su taller. Era un hombre de poca estatura que se mantenía erguido ayudándose por un cayado de madera casi tal alto como él. Llevaba largas barbas descuidadas y el pelo recogido en una coleta. Iba vestido con una bata negra atada con una cinta, y se puso el gorro, sin armazón, después de saludarnos. Sus ojos claros asomaban debajo de unas cejas pobladas y revueltas. En ellos había curiosidad y tristeza. Su mirada desprendía una profunda, cálida y entrañable humanidad.

La habitación era muy grande, el techo alto, y ventilaba por una ventana. La cama de hierro ocupaba un lateral y sobre ella se amontonaban ropa de invierno, sotanas y mantas. El olor a orina era persistente. No era la primera vez que estaba en la celda de un residente anciano. Las comunidades de monjas tienen siempre uno, muy entrado en años (lo que le quita peligrosidad frente las tentaciones de la carne), para los servicios religiosos. No se si éste era el caso ni pude averiguarlo porque su inglés era muy rudimentario, expresándose con frases cortas y por signos. Así fue como nos explicó, juntando los brazos a la altura de las muñecas, como fue maniatado por los turcos en 1974.

En la amplia columna del centro, pegadas a un gran marco dorado sin cristal, se veían las fotos de una vida que ya había entrado en su recta final. Me hubiese gustado comentarlas una a una con el páter, de nombre Dionisos, pero nos limitamos a mirarlas. Ésta fue nuestra manera de mostrarle atención y hacerle un poco de compañía. En una fotografía un monje estaba a su lado mirándole, mientras él pintaba sentado frente a un caballete. En otras, un grupo contemplaba un cuadro ya terminado, o se veían familiares posando al lado de un automóvil. Nos llamó la atención aquella foto, borrosa y sepia, en la que aparecían un par de bueyes

arando con un joven campesino que sujetaba las riendas. Detrás de él reconocí el monasterio de San Barnabas, como un lejano recuerdo del pasado.

En el otro extremo del cuarto se alzaba un caballete con un icono a medio hacer y tubos de pintura seca que indicaban que probablemente el páter Dionisos ya no terminaría el cuadro. Apoyados aquí y allá estaban algunos de los iconos que había pintado, y en una pared colgaban una hilera de fotografías de eclesiásticos.

– Todos muertos –fue lo único que dijo señalando los retratos y añadió– si, éstas son de Makarios–.

Poco a poco nos fuimos despidiendo no sin antes hacerle varias fotos y una con mi amigo, abrazándole.

Mientras nos dirigíamos hacia el coche le dije, pensando en mi padre muerto prematuramente:

– Pobre hombre, que vida más dura, lleno de recuerdos y tan tristes.

Y Nicolás puntualizó:

– Marina, ya dicen que no hay vejez feliz, sino resignada.

Y para intentar animarme bromeó:

– Él al menos tiene una docena de mujeres jóvenes cerca. No debe quejarse.

– ¿Cómo jóvenes? –repuse.

– Cariño, a su edad todas las monjas del convento, o casi todas, le han de parecer jóvenes –contestó, no exento de cierta lógica.

La casualidad había querido que la primera persona con la que hablamos en Chipre fuese un anciano pope víctima de los dramáticos hechos de aquel verano sangriento, cuando el golpe militar de Nikos Sampson proporcionó a Ankara el pretexto con el que había estado soñando para invadir más de un tercio de la isla, y de donde al parecer los turcos no tenían intención de moverse.

La valla que vimos al salir del aeropuerto de Larnaca, en la que el tercio norte de la isla está cubierto de sangre que chorrea sobre el sur, es una imagen perfecta para expresar un hecho doloroso que obligó al desplazamiento de ciento sesenta mil griegos hacia el sur y otros cuarenta i cinco mil turcos hacia el norte. Nada menos que una tercera parte de la población de la isla.

En toda guerra hay muertos y desaparecidos. Se estima en más de mil quinientos los griegos y en quinientos los turcos que perdieron su vida durante la invasión. Pero también están las matanzas de poblaciones civiles que ahora vuelven a la actualidad gracias a los métodos de ADN que permiten identificar cadáveres enterrados en fosas comunes. ¿En qué circunstancias se produjeron? ¿Cuál fue el papel TLN, el grupo terrorista turcochipriota cuando la invasión? ¿Fue Sampson realmente agente de la CIA? ¿Cómo actuaron los ingleses desde las bases de Akrotiri y Dhekelia? Empecé a hacerme estas y muchas otras preguntas después de conocer a Diana y Kypros en Mayo del año pasado.

Un poco de historia

Después del encuentro con el pater Dionisos proseguimos la ruta hacia Limassol. El avión de la Aegean Airlines había aterrizado en Larnaca a las siete de la mañana procedente de Atenas, en cuyo aeropuerto tuvimos que esperar tres horas viniendo de Barcelona. Así que yo ya no podía con mi alma y sólo deseaba un hotel y una cama.

Un vecino nos indicó la dirección del parking y del Hotel Continental desde la terraza de su casa, y nos despidió preguntándonos, al saber que éramos de Barcelona, por qué Gaudí había sido un arquitecto tan genial. "Bueno, a éste no debe gustarle el fútbol, debe ser la excepción", pensé sorprendida, mientras preparaba una respuesta.

El Continental es, tal como nos había informado, un agradable hotel con fachada de piedra, construido en tiempos de los británicos, situado en el paseo marítimo de Limassol. Al día siguiente visitamos el castillo, al que de veneciano le queda poco, pero que contiene una notable colección de objetos, muy bien escogidos y dispuestos.

Durante las Cruzadas, Chipre pasó de unas manos a otras como botín de guerra. Los tres siglos de dominio franco, con la dinastía Lusignan y la posterior dominación veneciana, que duró menos de un siglo, sólo supusieron cambio de propietario. El formidable sistema veneciano de defensas, concentrado en las fortificaciones de Famagusta, Kyrenia y Limassol, aparte de la propia Nicosia, estuvo pocos años en manos de la Serenísima, ya que el imparable avance otomano les hizo capitular en 1570. Los turcos mataron entonces a todos sus defensores, pero esto era moneda corriente en la época. El Imperio Otomano instaló un régimen más fiscal que feudal, repartiendo tierras entre los campesinos que trajo del continente.

Los nuevos amos destruyeron la mayoría de los templos y convirtieron los restantes en mezquitas, pero más tarde reconocieron al arzobispo como representante de la comunidad griega. De este modo la Iglesia Ortodoxa, se constituyó en defensora de la identidad de la isla, como ocurrió en todas las tierras griegas sometidas a los turcos. Siguieron llegando colonos a la isla que apagaron las frecuentes insurrecciones. En el año 1821, tras el estallido de la sublevación independentista griega, el gobernador turco ordenó la ejecución del popular arzobispo Kyprianos y otros miembros del clero.

Como pago de la ayuda recibida durante la guerra turco rusa, el Reino Unido recibió el usufructo de la isla en 1878, empezando la ocupación británica. Durante la Primera Guerra Mundial los chipriotas dieron apoyo a los aliados y sin embargo no fueron recompensados con la deseada unión con Grecia. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Enosis fue votada abrumadoramente en un referéndum, lo que provocó una fuerte oposición de la minoría turca, que deseaba la Taksim (partición) de la isla, con el decidido apoyo de Turquía, que no podía permitir que el control de su flanco Sur, separado de Chipre por menos de cien kilómetros, pasase a manos de los griegos. Entonces el arzobispo Makarios III y el general griego George Grivas constituyeron la EOKA y el 1 de Abril de 1955 empezó la lucha por la independencia que duró cuatro años.

Fue la guerra del ejército británico, que llegó a disponer de cuarenta mil efectivos, contra la guerrilla apoyada por la población civil. En 1959 se alcanzó la independencia, que prohibía tanto la Enosis (unión con Grecia) como la Taksim (partición de la isla) y que instituía como garantes del nuevo estado al Reino Unido, Turquía y Grecia. Los tres países dejaron contingentes militares para garantizar el status quo. Los británicos conservaron dos bases formidables en el sur de la isla, donde concentraron todos sus efectivos. Cien kilómetros cuadrados que siguen todavía en sus manos. El arzobispo Makarios no tuvo otro remedio que aceptar.

La práctica totalidad de los grecochipriotas habían apoyado a la EOKA y algunos de sus miembros ocuparon, como es lógico, puestos en el gobierno. Y como es también comprensible intentaron cambiar la Constitución que daba a la minoría turca más ventajas de las que le correspondían en proporción al número de habitantes. Durante tres años se mantuvo la calma hasta que un incidente desencadenó una espiral de violencia. Ambas comunidades constituyeron grupos paramilitares que protagonizaron violentos enfrentamientos, mientras los turcochipriotas fueron pasando de núcleos rurales aislados a enclaves y zonas donde se podían sentir más seguros. Sus representantes abandonaron los puestos políticos y administrativos y acabaron constituyendo sus propios órganos de gobierno. Los turcos de la TLN pasaron a ser “rebeldes” para el Gobierno de la nueva república.

En 1963 la ONU se vio obligada a intervenir, porque la OTAN no podía hacerlo al ser países miembros tanto Grecia como Turquía. Los combates eran especialmente duros en Nicosia, y el oficial al mando trazó con un rotulador de tinta verde la línea divisoria que delimita en el mapa ambas zonas y el buffer o espacio de contención entre las dos, controlado desde aquel día por la ONU, que sigue teniendo en el Hotel Ledra Palace su cuartel general.

El resto del país continuó patrullado por destacamentos de la ONU. La verdadera separación entre ambas comunidades se fue fraguando en la década de los 60. Por un lado se extremó la conciencia identitaria de la minoría turca, mientras su organización paramilitar, la ya citada TLN, recibía armas de los británicos.

En 1974 la situación dio un giro radical.

La Junta Militar griega, en un intento de reforzar su declinante popularidad instiga un golpe de estado en Chipre, con el apoyo de la CIA. No consiguen matar al obispo Makarios que huye a Pafos, desde donde un helicóptero le traslada a la base de Episkopi en Akrotiri y de allí un avión de la RAF le lleva a Londres y luego a los EEUU. Por su parte el Primer Ministro turco, Bulent Ecevit, temiendo que Nikos Sampson, miembro radical de la EOKA, ahora Primer ministro de Chipre impuesto por la Junta, se lanzase a machacar a los turcos de la isla, se dirige a Londres para solicitar una intervención conjunta turco británica a partir de sus bases en Chipre en el marco del tratado de garantía de 1960. Los británicos vacilan y Ecevit decide actuar en solitario. Tiene ante sí la ocasión que estaba deseando. Y empieza la operación Attila.

Fuerzas de infantería de marina desembarcan cerca de Kyrenia, mientras un cuerpo aerotransportado toma tierra en la llanura situada entre las montañas de Kyrenia y Nicosia, en una zona de población mayoritariamente turca. Ambos contingentes se reúnen en dos días y al siguiente, el golpe militar aborta y simultáneamente se colapsa la junta militar en Grecia. La invasión se detiene el 20 de Julio, pero el 14 de Agosto vuelve a avanzar ocupando la zona de Varosha, cerca de Famagusta, con lo que la industria turística recibe un duro golpe que se añade a la pérdida de reservas de agua y zonas agrícolas de la zona ya ocupada, que en conjunto representa el 70% de los recursos económicos de la isla.

El contingente de la ONU (UNFICYP), al que el Reino Unido presta desde sus bases todo el respaldo logístico, tiene orden de no intervenir. Sólo lo hacen en el aeropuerto de Nicosia, impidiendo que caiga en poder de unos o de otros. Todavía hoy permanece cerrado y en la zona de exclusión. En el tremendo lío que se organiza, se habla de que fuerzas grecochipriotas derriban por error un avión griego que transportaba efectivos de apoyo.

La isla queda de facto partida en dos y la ONU siempre ha condenado la invasión. Otra cosa hubiese sido intervenir para derrocar a Sampson y retirarse después, pero una ocupación militar permanente es inadmisibles. A mediados de los 70' empiezan las conversaciones de paz que no han dado ningún resultado hasta el presente. En 1983 se autoproclama la República Turca del Norte de Chipre que sólo es reconocida por Ankara.

Explorando la costa Sur

Después de visitar la colección de objetos expuestos en el pequeño castillo de Limassol, comimos moussaka y calamares fritos al lado del Mercado Central y decidimos ir bajando por la costa hasta el extremo occidental de la isla, antes de atravesar la cordillera de Troodos y entrar en Nicosia para encontrarnos con Diana y Kypros.

Nuestro objetivo era explorar el territorio y tomar contacto con chipriotas para pulsar su estado de ánimo. No descartamos hacer un poco de turismo. En el yacimiento arqueológico de Kourion, encontramos a Costas Pastellas, un hombre alto y delgado, con la calva tostada por el sol, que hablaba un inglés fluido por haber vivido y trabajado toda su vida en la base de Akrotiri. Era nuestra primera entrevista, por así decirlo. Vivía en la cercana Kastelli, cuya fortaleza franca estaba en nuestra hoja de ruta. Así que nos ofreció visitar su casa y le seguimos, despacio, porque no es fácil conducir por la izquierda para quien no está acostumbrado.

El camino está poblado de algarrobos, lentiscos y algún que otro sicómoro. Nos sacó una botella grande de agua fresca y dos vasos mientras hablábamos un poco de todo.

– ¿Cree que el ejército turco se irá algún día de Chipre? – pregunté con cautela cuando pensé había llegado el momento.

Vaciló antes de responder:

– Los turcos cuando se apoderan de algo, no lo dejan sino es por la fuerza.

Y añadió;

– Turquía está haciendo grandes inversiones turísticas en la zona ocupada. Chipre depende del turismo y cuando hay turbulencias en Oriente Medio, el turismo baja. Además estamos en el euro, no podemos devaluar y en el Norte tienen precios más bajos. Atraen a inversores extranjeros; rusos e ingleses.

– Ahora con la caída de la libra –añadió–, muchos ingleses quieren vender las casas que han comprado aquí. Al no conseguirlo, las alquilan y se van a su país. Mi hijo, que es contratista, intenta vender dos casas que ha construido pero le dan sólo 160.000 libras por las dos. Tendremos que esperar. En Chipre no había habido nunca una crisis como ésta y se lo digo yo, que tengo 68 años.

– Parece que la reunificación no es posible porque ustedes desean una federación bi-comunal y bi-zonal (gobierno de la mayoría y respeto a la minoría) y los del Norte una confederación (dos estados independientes unidos en algunos asuntos). ¿Cree que algún día podrán ponerse de acuerdo?

El hombre meditó antes de contestar:

– Nosotros somos griegos y queríamos la Enosis. Lo que ha pasado después nos ha llevado a un punto del que no creo exista una salida.

Me aventuré a observar:

– Algunos especialistas opinan que la persistencia de los terroristas de la EOKA y de la TLN, los llamados Grey Wolfs, hace imposible la reunificación, mientras otros piensan que la partición de la isla estaba pactada de antemano por Londres y Washington y que ya no hay marcha atrás.

– Entiendo ambos puntos de vista, pero créanme –añadió con tristeza–, la culpa la tiene el Reino Unido. Conozco bien a los británicos, hemos compartido muchas horas en los pubs de la zona de la base. Ellos dieron armas a la TLN cuando la invasión.

Llegó la mujer de Costas Pastellas y nos despedimos para continuar hasta el parque arqueológico de Kato Pafos, lo visitamos, y todavía tuvimos tiempo de llegar a Polis, que rebasamos para conocer el llamado Baño de Afrodita, una simpática poza en el fondo de un estrecho valle donde la diosa se bañaba en agua dulce cuando todavía no se habían inventado los baños de mar ni las duchas.

En Lakki, al lado de Polis, vimos un hotel en la carretera, junto al mar. Nos detuvimos y preguntamos en el mostrador si tenían habitaciones libres. Era viernes, quedaba sitio sólo para una noche. El hotel estaba lleno y no nos extrañó por su privilegiada situación. No había rusos, sólo ingleses y algún que otro continental. La mayoría se movía con torpeza más por los kilos y el alcohol que por la edad. Un pope estaba comiendo en el bar. La cena se servía en un amplio porche situado al lado del mar. Además había una piscina. El hotel fue fundado hacia cincuenta años y es familiar. En invierno no cierran y mantienen el personal al mínimo.

Hablamos con el que parecía el dueño, y no, era Frixos Stylianou, cuyo hijo se había casado con la hija del dueño. Había alquilado bien sus treinta apartamentos a pesar de la crisis. Aquello no era Chipre, allí la vida transcurría ajena a los problemas de la isla.

Al día siguiente le preguntamos por la Cordillera de Troodos y nos facilitó un buen mapa. También le preguntamos a su nuera si en la zona ocupada se podía pagar con euros y nos respondió:

– Esos lo aceptan todo, euros, libras, dólares, hasta si quiere les puede pagar con la camiseta, que también la aceptan.

Viendo la cantidad de niños que se arremolinaban alrededor de su marido pregunté si eran hijos suyos y al responder afirmativamente observé:

– Dentro de unos años ya no van a necesitar personal. –Esto espero –contestó la chica complacida.

Bautismo en Agios Ioannis Lampadistis, en el corazón de Troodos

Encontrar la ruta hacia la cordillera de Troodos es un poco complicado porque enseguida el territorio empieza a fragmentarse en valles que hay que sortear. Si se quiere seguir avanzando hay que hacerlo en zigzag. Fuimos atravesando montañas con la mirada puesta en la iglesia de Agios Ioannis Lampadistis que parecía ser un buen lugar para visitar las famosas iglesias pintadas. En el camino nos detuvimos en un par de monasterios, muy arreglados y con escasa dotación de residentes. En el de Chrysorrogiatissa sólo viven dos monjes. El que atendía, Arsenius, de nacionalidad rumana, con escasos conocimientos de griego y nulos de inglés, viendo nuestro interés en el museo – financiado por una fundación privada –, nos mostró un cuarto secreto con docenas de iconos amontonados y catalogados, y después, el rectorio con los andamios de las pinturas murales que el otro hermano, Cornelius, estaba pintando. Mi ofrecimiento de ayudarles en la tarea, residiendo con ellos una temporada, encendió las mejillas del monje, a pesar de entender que se trataba sólo de una broma.

Después de atravesar el llamado Valle de los Cedros, con sus imponentes árboles que carecen casi por completo de manto vegetal, lo que siembra la carretera de piedras desprendidas, llegamos por fin a nuestro destino. Pedimos la dirección de un hotel en un parador de carretera donde preparaban una boda para varios cientos de personas. Nos dieron un teléfono y una dirección: Two Flowers, en el próximo pueblo de Pedoulas. Llamamos para reservar y preguntamos por el camino a la iglesia de Agios Ioannis Lampadistis, que nos dijeron estaba cerrada a partir de las seis.

Así llegamos a un valle, llamado de Solea, muy arbolado y fresco, con arroyos de aguas limpias y árboles frutales. Atravesamos el pueblo de Kalopanagiotis, con sus casas de montaña, de tejados inclinados y galerías de madera para recibir el sol. Cruzamos el río Setrachos por un puente de cemento y madera que salva un barranco estrecho y profundo, y encontramos una explanada. Era una hora más tarde de la del cierre, ya anochecía, pero, movidos por la curiosidad, aparcamos el coche y buscamos la entrada.

El antiguo monasterio estaba abierto y en su interior las luces encendidas. El hermano que estaba a su cargo nos invitó amablemente a entrar. Entonces no pude decir palabra. El pasado venía hacia mí y yo lo recibía extasiada y complacida, suspendida entre el origen y el final de los tiempos y no quería moverme de allí hasta que me echasen.

El conjunto, que por fortuna depende del Departamento de Conservación de Bienes Culturales de Chipre, consiste en tres iglesias adosadas construidas en momentos sucesivos, con un ala de invitados y otra de celdas bien dispuestas alrededor del patio. Construido en piedra con vigas de madera y tejas planas contra la nieve y el frío, queda cerrado por dos puertas. En una de ellas el monje conversaba con otro hombre más joven y a su lado corroteaba su perro Buffy. Eran los únicos habitantes del complejo, que fue monasterio hasta hace doscientos años, cuando fue abandonado por los repetidos actos de violencia de los musulmanes y ahora ejerce de iglesia parroquial.

El hermano Alexis frisaba los cincuenta, mostraba una larga barba que tiraba a gris, prácticamente sin un pelo en la cabeza, con una sonrisa permanente de felicidad. Nos contó que era griego, de Tesalónica, que vivió en el Monte Athos y que ahora desde hacía ocho meses se ocupaba del lugar.

Preguntamos si había servicio mañana, domingo. En efecto, empezaba a las seis y media y terminaba a esto de las diez. Lo oficiaba el pope del pueblo.

Pedoulas es el segundo pueblo más alto de Chipre, a unos 1.180 metros sobre el nivel del mar. En él hay varios hoteles. El Two Flowers resultó ser un simpático hotel familiar y entre los parroquianos no vimos ningún turista. La propietaria y su hijo atienden a los clientes.

En la cocina no paraban de preparar platos, y la barbacoa, que estaba a cargo del dueño, ya olía a carbón y a humo. Entramos en contacto con los meze, que consisten en un pica-pica que por su cantidad constituye una comida completa. Fueron llegando una generosa sucesión de encurtidos (aceitunas, berenjenas, alcaparras), laukanika (salchicha ahumada), tzatzaki, sheftalia (salchichas de cerdo picantes maceradas con hierbas), afélia (cerdo cocido con salsa de vino tinto con semillas de cilantro), las clásicas dolmades (hojas de vid rellenas con una mezcla de cordero picado, arroz y hierbas), kolokotes (buñuelos rellenos de calabaza, uvas pasas y trigo), un delicioso stifado de cordero, chuletas de la barbacoa, y otros platos que no recuerdo, todos exquisitos. Y para terminar con algo dulce, nos ofrecieron la empalagosa baklava, a base de crema de uva y miel. El vino blanco, del país, tenía mucho en común con un amontillado andaluz y hacía honor a la buena reputación de los caldos de la isla.

La temperatura es allí muy distinta de los calores de la costa. Además llovió durante la noche y al amanecer, los cánticos, que el eco transportaba desde la iglesia neo bizantina erigida al otro lado del valle, nos recordaron nuestra cita con el hermano Alexis.

A esto de las nueve volvíamos a estar en Agios Ioannis Lampadistis. La ceremonia seguía su curso. La oficiaba el pater de Kalopanagiotis. Los hombres y las mujeres estaban separados. Es inusual la emoción que se siente al apoyarse en bancos que pueden tener cuatro siglos. Describir el lugar me llevaría horas, así que

me limitaré a decir que el Templón, que hace de iconostasis es de madera pintada y data del siglo XIII, un auténtico milagro de supervivencia, y en activo. Las paredes de las tres iglesias están cubiertas de frescos de distintas épocas y estilos, algunos del llamado italo bizantino, que acusa una clara influencia occidental por la introducción de la perspectiva y el tamaño relativo de las figuras. Los temas representados van desde escenas del Antiguo Testamento, hasta Santos y pasajes de la vida de Jesús. La parte más antigua es de planta cruciforme con cúpula del siglo XI y fue repintada en el siglo XIII. Sus frescos marcan la transición entre el estilo Comenio y el Paleólogo, que dominaría la escena en los siglos siguientes. En el nartex, desde donde seguimos la ceremonia, una inscripción de 1455 informa que el pintor había llegado a Chipre procedente de Constantinopla, al ser ésta conquistada por los turcos.

La iglesia estaba abarrotada. El ritual se desarrolló en la penumbra, sencillo y emocionante, por las salmodias (el hermano Félix cantaba al lado de dos seculares), por la luz vacilante de las velas que sosteníamos, los candelabros y las lámparas de aceite, la bendición del pan y el vino, el olor del incienso y el tintineo metálico del incensario. Todo pasó en un instante y al salir, un hombre que debía ser el alcalde, nos dio la bienvenida en un inglés lleno de cordialidad. Cuando casi todos se hubieron ido, el hermano Alexis soltó a Buffy, que ya estaba desesperado, y nos pusimos a hablar. Nicolás y yo llevamos la conversación hacia temas filosóficos porque vimos que el hombre era persona lógica e inteligente. Así que manejamos la charla con un gran entendimiento haciendo gala del mayor respeto dentro de la heterodoxia más atrevida. Ni en una sola ocasión mostró el menor desagrado por los temas que tocamos y cada vez que se la pedimos nos expresó su opinión. Cuando llegó el turno a la política, le pregunté su opinión sobre el problema de Chipre. Su respuesta fue sencilla:

– Lo que da miedo son los fanáticos, del lado que sean. En Chipre los políticos han creado barreras de odio y es que nadie está libre de culpa y sin embargo nadie quiere reconocerla. Los grecochipriotas no reconocen sus errores y los turcochipriotas están contentos porque están mejor que antes

– Los turcos tampoco son gente que reconozca errores; aun siguen sin reconocer el genocidio armenio – terció Nicolás.

– Tan contentos no estarán cuando en el referéndum de 2004 votaron un 65% a favor de la reunificación– observé.

– Bueno, yo no estaba aquí en el 2004, pero por lo que se, el voto favorable de la zona ocupada pretendía una mejora de las condiciones de vida, ya que la retirada del ejército turco no estaba garantizada. Y por otro lado, el voto contrario de la zona libre tuvo como motivo el miedo por las mismas razones. De todas formas los chipriotas le responderán mejor.

Creí llegado el momento de cambiar de tema y despedirnos y pregunté:

– ¿Cuáles son sus planes para hoy? Al ver que se reía, cambié la pregunta:

– ¿Cuál es su rutina para el resto del día?

– Atender a las visitas y después, a las once tenemos un bautizo.

Aunque en las montañas de Troodos nos esperaban un montón de iglesias pintadas, pensamos que un bautizo ortodoxo no se ve cada día, así que nos despedimos con un “hasta luego”, dimos un paseo por el valle y a las once nos deslizamos otra vez dentro de la iglesia.

La gente estaba muy feliz y el niño, completamente desnudo, no lloró ni una sola de las tres veces que le sumergieron en el barreño de cobre. El pope de Kalopanagiotis le pasaba agua por la cabeza y al final lo entregó al padre de la criatura que, provisto de una toalla blanca atada al cuello, secó a su hijo, mientras las niñas que estaban en primera fila no podían evitar unas risas juguetonas. El hermano Alexis cantaba con un gran libro entre las manos y otro ayudante sostenía una elaborada cruz.

Esta vez ya era suficiente, y al acabar la ceremonia, probamos algunos dulces, felicitamos a los padres y salimos hacia nuevos horizontes. Teníamos prisa por llegar a Nicosia, que habíamos dejado para más tarde, y pasar a la zona ocupada. Así que sólo visitamos las iglesias del Arcángel Miguel en Pedoulas y la de la Virgen María en Moutoulla, igualmente cubiertas de frescos, pero ninguna tan completa como la de Agios Ioannis Lampadistis.

Llegada a Nicosia

Para ir a Nicosia enfilamos el camino más corto en lugar de la carretera principal. Atravesamos una zona rural, árida y poco poblada, sin ver ni un pueblo en kilómetros; comimos algo por el camino. Poco a poco el campo se convirtió en cemento y los suburbios de la capital nos envolvieron.

Era una tarde muy calurosa, como las que siguieron. Al avistar la muralla veneciana supimos que estábamos en la buena dirección. Doblamos una calle a la izquierda y nos encontramos con barricadas, casamatas y alambre de espino. No, por allí no era. Dimos media vuelta y dejamos el coche en un parking municipal para buscar alojamiento para dos noches, porque no queríamos molestar a Diana y Kypros. Acabamos en el elegante Hotel Castelli. Un poco de glamour se agradece de vez en cuando.

Era domingo, las calles y las plazas en la gran explanada de Eleftherias, llena de casetas e inundada de música y baile, estaba llena de asiáticos, la mayoría de Filipinas y Malasia. Pensé que me había equivocado de sitio. Nunca, desde que estuve en Bangkok, había visto tantos orientales juntos. Eran jóvenes y las mujeres superaban en número e los hombres. También se veía alguna pareja mixta.

– No se porqué se preocupan tanto por los turcos, si aquí ya no queda ni un griego –observó Nicolás–.

– Suponte que son un 5% de la población, o sea unos 35 mil, que hoy es festivo y además hacen una fiesta suya. Aquí los tienes.

– Éstos no votan pero tampoco se irán nunca. Probablemente han ocupado el puesto de los turcos –añadió Nicolás.

Al rato nos encontramos en la calle Ledra, la principal arteria comercial de Nicosia Sur. La mayoría de tiendas estaban abiertas en domingo. Nos dijo el encargado de un puesto de bebidas que es por la crisis. Al final de la calle Ledra sabíamos que está el paso peatonal al sector Norte, abierto desde 2008. Pasamos delante los indolentes policías de la Guardia Nacional, que apenas nos miraron y llegamos a los puestos de control de la zona ocupada. Allí nos extendieron un visado en una hoja de papel con el número del pasaporte y la fecha, lo sellaron, y pasamos a Nicosia Norte. Ya había anochecido.

La mayoría de centros históricos, si no hay turismo, se degradan. Así ocurre en el trozo que recorrimos. Pocos restaurantes, más bien puestos de kebabs, y poco concurridos. Orfebrería barata y el tiempo detenido. Las casas, de planta baja, tienen un aspecto miserable (parecidas a las que vimos los días siguientes en la zona Sur). Muchas están abandonadas.

En cada cruce, un poste metálico va indicando al visitante, en turco y en inglés, la dirección de los principales monumentos. Si no fuese por la división, el conjunto de Nicosia daría una imagen más homogénea, lo que sin duda podríamos aplicar a toda la isla, por lo que no es de extrañar que casi todos deseen la reunificación. El problema está en pactar el modo de realizarla. Y en esto no hay acuerdo.

En la parte ocupada de Nicosia destacan el caravasar otomano de Bayuk Han, la impresionante la Selimiye Cami (mezquita de Selima), muy bien iluminada, con las banderas, la turca y la de la llamada República Turca del Norte de Chipre, ondeando encima de los dos minarettes añadidos tras la conquista otomana de 1570. Hasta entonces había sido la catedral de Santa Sofía, erigida por los Lusignan en el siglo XIII, el ejemplo más antiguo y bello de la arquitectura gótica en Chipre. Cuando se convirtió en mezquita se retiraron todas las imágenes de personas y animales y se quitaron las esculturas de piedra del pórtico. También se eliminó la ornamentación del interior que se pintó de blanco, y así ha seguido hasta hoy.

– Más o menos como lo que hicieron los Reyes Católicos en Córdoba y Granada en 1492, pero al revés– comenté.

Aquí llegamos a un punto en el que tanto Nicolás, por su profesión de fotógrafo, como yo, que me dedico a la restauración, hemos tenido y seguimos teniendo problemas con los que prohíben la imagen.

– La humanidad siempre ha explicado historias y una imagen vale mil palabras –comenté–, y sin embargo su representación ha estado varias veces a punto de desaparecer por razones de índole religiosa. En la antigua Bizancio, por la guerra de los iconoclastas, que se ganó por puntos. En el siglo XVI Lutero canceló la imagen. Sin embargo la Contrarreforma católica triunfó en los países que mil años antes habían sido romanizados y dónde la herencia de imágenes había calado más hondo. Y si dejamos aparte el Cristianismo, las otras dos religiones monoteístas prohíben la representación de la imagen.

– Suerte que a los griegos se les ocurrió crear dioses a imagen del hombre y representar a los hombres como dioses. Con más o menos transformaciones hemos heredado estas imágenes, que los romanos consolidaron, sin tanta gracia por supuesto, durante siglos –observó Nicolás.

Cuando vamos a una ciudad como Estambul se nos encienden las alarmas. A ambos nos decepciona porque, aun siendo fabulosa, vive de espaldas a cualquier asomo de urbanismo inteligente o de voluntad arquitectónica, y que despliega una notable falta de sensibilidad para la imagen, tal como la entendemos en Occidente.

– Dice Omar Pamuk que todo es consecuencia de la caída del imperio otomano –propuse conciliadora.

– Si han perdido el imperio que culpa tenemos los demás. Los pueblos que tuvieron uno conservan una prepotencia que tarda siglos en borrarse. En todo caso se aferran a las colonias que les quedan, aunque sean colonias fiscales, con una saña impresionante –protestó mi amigo.

– Varias veces has estado a punto de llegar a las manos con los turcos, Nicolás. ¿Recuerdas?, Y sin embargo con otros hemos hecho buenas migas.

– Cómo quieres que no me acuerde. Si al menos escuchasen. La mayoría sólo habla y siempre creen tener razón. Son tan cabezotas como tu.

– Jajá, como con el guía de Santa Sofía que dijo que la pintura blanca había preservado los mosaicos bizantinos que están ocultos debajo. Y tú le ofreciste pagarle un viaje a San Marcos de Venecia para que viese que en más de mil años no se había caído ni una sola tesela. A lo mejor se refería el pobre a que al estar

ocultos, se evitó que otros musulmanes, más radicales, al verlos en un futuro, los destruyeran.

– Es posible que lo dijese por esto. De todas formas, – lamentó Nicolás–, si los Cruzados no hubiesen saqueado Constantinopla, ésta quizá hubiese resistido a los turcos, y la historia de Europa hubiese sido muy distinta.

Por la noche telefoneé a Diana y Kypros. Quedamos en vernos al día siguiente. No había pérdida, nos esperarían en su nuevo taller, al lado del Museo Bizantino, nos acompañarían a ver los iconos que ellos habían restaurado, y por la tarde nos enseñarían el barrio que está al lado de la Puerta de Famagusta, que se está rehabilitando y es lo más “in” de Nicosia. Allí, en la iglesia de la Panagia Chrysaliniotissa, recogeríamos a su padre y cenaríamos en casa. Elenitsa, la madre de Diana, estaba fuera de la ciudad visitando una hermana, pero tenía previsto regresar mañana.

Entre la amargura y la resignación

El taller ocupaba un edificio de piedra, con una cruz en el dintel. La puerta estaba abierta y el vestíbulo señalaba el paso al resto de la casa mediante tres puertas dobles acristaladas. En las paredes, colgaban numerosas fotografías de trabajos de restauración de mosaicos, murales de iglesias, iconos y artículos de revistas, todo montado como un workshop.

En una esquina se erguía la estatua de tamaño natural, hecha en fibra de vidrio, que representaba a un joven de uniforme con la cabeza descubierta, que sostenía un subfusil Sten en la mano derecha mientras con la izquierda señalaba a un punto indeterminado, que tanto podía ser un objetivo militar como el camino de la libertad. La pátina verde con que estaba pintado simulaba el bronce.

La casa estaba dividida en varias estancias. La mayor, que daba a la calle, servía como taller, con estantes repletos de botes, frascos y tubos de pintura, y la otra era un espacio doble, con una mesa baja frente a un destartado sofá, un escritorio, y al fondo, una mesa comedor y una nevera.

Atrás se adivinaba lo que sería la cocina. El techo allí era muy alto, con una columna de sillares que aguantaba las vigas de madera. La estancia conservaba todavía un molino de piedra.

Diana gritó un estruendoso saludo de bienvenida y corrió para abrazarme. Presenté a Nicolás al que Diana besó mientras Kypros le daba cordialmente la mano.

– ¡Jesus! ¡Kalimera!, por fin habéis llegado. ¿Por qué no habéis venido antes? ¿Qué os parece Chipre? – preguntó Diana a borbotones.

– Lo que hemos visto hasta ahora no está nada mal. Hemos bajado por la costa y cruzado por Troodos hasta Nicosia. Así al menos podemos tener una opinión –contesté.

– ¿Y entonces, qué? –insistió Kypros mientras sacaba cuatro latas de cerveza de la nevera y las depositaba en la mesita delante del sofá con los vasos correspondientes.

– No es una isla que deje indiferente –declaró Nicolás.

Kypros me tomó del brazo y empezó a mostrarme, orgulloso, fotografías de algunos de sus trabajos más destacados. Un icono tan quemado por el calor de las velas que parecía un leño. Antes y después: el icono había renacido. Diana nos puso un video de promoción de la isla donde estaba Kypros encaramado a un andamio para restaurar la columna de una iglesia. Su cabello era todavía negro. Después estrechaba la mano a una pareja.

– ¿No es éste Papadopoulos, el presidente, antes que Christofias?– pregunté.

– Sí, son Tassos Papadopoulos y su mujer; son amigos nuestros –contestó Diana.

Kypros era un hombre nervioso. No se estaba quieto ni un instante, enseñándonos moldes, bocetos, relieves, telas de mosaico que iba sacando de una bolsa de plástico para ofrecérmelos.

– Son de Kato Pafos, de cuando restauré los mosaicos de la “casa de Aion”. Entonces aún no conocía a Diana.

– Son de finales del siglo IV. Mira, éstos son dorados, engarzados serán un broche perfecto –sugirió Diana presentando un fragmento de mosaico en mi cuello.

– Gracias, voy a hacerme un broche, y así siempre me acordaré de vosotros. ¿Cómo os conocisteis? –quise saber curiosa.

– Fue hace diez años. Yo he nacido en Australia –informó Diana– no se si te lo había dicho, nieta de emigrantes chipriotas. En el ochenta y nueve, mi padre vendió lo que tenía y decidí regresar. Yo ya era mayor, pero las historias que me contaron mis abuelos en Queensland sobre su juventud en Chipre alimentaron mis fantasías de niña.

<<Después hice un viaje de exploración, conocí a mis tías y primas en Nicosia, desplazadas de la zona ocupada, y me encontré como en casa. Éste era el lugar donde quería vivir. Había estudiado restauración en la escuela de Bellas Artes, hice un master en gestión cultural en Sidney y cuando al fin mis padres se decidieron a dar el paso, me apunté con toda la ilusión.

<<Cuando restauraron la iglesia de la Panagia Chrysaliniotissa, al lado de nuestra nueva casa, Kypros era el

encargado de los trabajos. Allí le conocí y lo demás vino sólo; hablábamos el mismo lenguaje.

– El mismo que hablamos con vosotros –proclamó Kypros complacido.

En la pared observamos dos fotografías que nos llamaron la atención. Una era la de un hombre joven, bien parecido, con bigote recortado, como una foto de carné muy ampliada. Debajo, figuraba su nombre: Andreas Demetriou. La foto del lado mostraba un foso sobre el que pendía una soga de esparto reforzada de cuero.

Pregunté:

– ¿Quién es?

La expresión de Kypros se volvió tosca. Sus ojos buscaron los míos y tuve que bajar la mirada. Mirando fijamente la fotografía contestó:

– Es mi tío, hermano de mi madre, nació en Agios Minas, cerca de Limassol. Fue el primero en ser ahorcado por los británicos junto a su amigo Michael Karaolis. La ejecución tuvo lugar en las primeras horas del diez de Mayo del cincuenta y seis. Acepté el encargo de restaurar el lugar del patíbulo.

Al decir esto su voz se quebró, pero aún encontró ánimos para añadir:

– Los testigos presenciales recogieron sus últimas palabras: “Estoy triste por no ver Chipre libre, pero no tengo miedo porque la vida en cautiverio no tiene valor alguno”. Su ejecución levantó un clamor de protestas en Atenas, que se saldaron con cuatro muertos y doscientos heridos.

Diana estaba sentada en la mesa sin pronunciar palabra mientras hojeaba un libro. En la portada, el título en griego y la fotografía de un cementerio cruzado por alambres de espino. Se lo pedí y fui recorriendo sus páginas. En ellas aparecían tumbas abiertas, sepulturas vacías y cruces rotas.

– Sólo por encontrar un anillo o un diente de oro. ¿Qué ser humano es capaz de hacer esto?- dijo con voz amarga.

– ¿De dónde son estas fotografías? –pregunté.

– De la zona ocupada por los turcos.

– El Reino Unido es el culpable de todo –afirmó Kypros con acritud-. Usaron a la minoría turca en su provecho, les dieron armas, les abrieron las puertas. Fue su venganza por nuestra independencia. No nos lo perdonaron. Nuestras hijas no se sienten libres en este país, por esto, aunque sus mejores amigas viven aquí, prefieren quedarse en Tesalónica.

En el estudio yacía la estatua de otro guerrillero encima de la mesa. La intemperie la habían deteriorado. Pedí unos guantes de plástico y los dos empezamos a fregarla fuerte con cepillos. Era todo lo que podía hacer para expresar mi solidaridad. Nicolás, que no estaba acostumbrado al olor de los decapantes ni entendía nuestra jerga sobre abrasivos y productos de limpieza, se hundió en el sofá de la habitación contigua mientras hojeaba un libro.

Hasta que alguien proclamó que ya era hora de comer algo. Nos lavamos las manos y salimos a tomar un kebab con pan de pita, camino del Museo Episcopal, que visitamos juntos. Nos detuvimos con particular interés ante los mosaicos paleocristianos de Kankaria, expoliados en la zona ocupada y recuperados tras largas batallas judiciales.

En la sala de exposiciones temporales se mostraban fotografías de iglesias profanadas y saqueadas por los turcos después del 74, todas recogidas en un libro. Hay censadas 520, convertidas en mezquitas, almacenes y cuarteles.

– Iremos a cenar a casa –anunció Diana-. Mis padres, que viven con nosotros, también estarán, y también se ha apuntado Christiana, una amiga de nuestras hijas, que quiere conoceros. Mi madre está preparando un Kléftiko, un plato de costillas de cordero asadas lentamente en cazuela de barro y en el que no tiene competencia. Antes pasaremos a buscar a papá.

Fuimos los cuatro paseando por las cercanías de la Puerta de Famagusta, en el bastión de Caraffa. Es un paso muy antiguo y está formado por un túnel de troncos que termina en una puerta de madera. Seguimos el paseo hacia el Norte, un barrio hermoso, con la mayoría de las casas provistas de patio. Un lugar agradable para vivir. Fuimos avanzando pegados a la muralla veneciana cuya estructura encaja bien con el conjunto urbano. Los bastiones y las zonas intermedias se han convertido en aparcamientos. En uno de ellos vimos un Jaguar y un Rolls Royce, ambos de los 60’, muy bien conservados, que daban la imagen de tiempo detenido.

Al final de cada callejón, las inevitables barricadas de cemento y madera, reforzadas con bidones de hojalata, con carteles de prohibido el paso escritos en griego y en inglés. Parapetos de sacos terreros que dejaban huecos para instalar ametralladoras. Todo daba la impresión de provisionalidad, que dejaba ver a las claras que las barricadas se habían levantado en unas horas, para atajar una herida y que más tarde... ya se vería. Nada se había tocado desde entonces esperando la reunificación. Fuerzas de la ONU patrullaban ociosas. Si comparamos la Línea Verde que divide Nicosia con los muros de cemento que levantan los israelíes, estos parapetos tienen el aspecto de una pelea entre hermanos, de algo que será retirado cualquier día de éstos. Pero por desgracia la herida parece que se ha gangrenado.

Llegamos a la iglesia de Panagia Chrysaliniotissa, que da nombre al barrio. Allí estaba Harry Theoxaris, el

padre de Diana. Era un hombre bajo y algo rechoncho, con espeso bigote, que pasaba de los setenta. Cuando hablaba, hacía una mueca, apretando los labios, y meneaba la cabeza en señal de “que le vamos a hacer”. Resultaba entrañable.

– ¿Dónde está mamá?– preguntó Diana-

– Ha ido a casa a preparar el Kléftiko de la cena, que ya debe estar lista. Si queréis ya podemos irnos, ya es la hora de cerrar la iglesia.

Nos quedamos solos con él Nicolás y yo.

– ¿Saben por qué me ocupo de esta iglesia? –confesó–, porque me gustan el silencio y la tranquilidad de lugares como éste. Estoy acostumbrado de Australia, de cuando era pequeño. Mis padres emigraron allá y lo pasaron muy mal. Fueron para mejorar su vida pero nunca pensaron que sería tan difícil. Tardaron cinco días en tren para ir de Free Mountain hasta Queensland. Pasaron muchos años cortando caña de azúcar.

– ¿Tiene hermanos allí? –quiso saber Nicolás.

– Tengo cuatro hermanos y tres hermanas. Todos están en Australia, al revés de Elenitsa, que tiene casi todos los parientes aquí. Tuvimos un puesto de bocadillos y bebidas en Sidney. Hace veinte años vendimos todo y nos vinimos los tres a Nicosia.

<El solar de mis abuelos está al otro lado, en el lugar que ahora es una zona militar. No he pasado nunca a la zona ocupada. Muchos amigos lo han hecho pero han vuelto traumatizados. Es mejor olvidarlo. En Diciembre voy a Australia, vía Dubai, a ver a mis hermanos y sobrinos. Mi madre todavía vive, tiene 88 años. El viaje dura 17 horas y cuesta 1.600 euros, una fortuna, pero yo me añoro de Australia, si no fuese por Elenitsa hubiese vuelto allí. Hablando de mi mujer, creo que deberíamos irnos. Voy a cerrar la iglesia.

Un par de calles más adelante llegamos a la casa de piedra que los Theoxaris compraron al volver de Australia y donde viven los Kyprianon cuando están en Nicosia. Tiene más de cien años y se abre alrededor de un patio muy agradable en cuya veranda estaba Kypros charlando con una chica muy guapa que no llegaba a los venticinco.

Diana ayudaba a su madre en la cocina. Se secó las manos para hacer las presentaciones.

– Mamá, éstos son nuestros amigos Marina y Nicolás. Esta es Christiana, amiga de Maria, nuestra hija mayor. Estudia periodismo. Cuando queráis ya podemos pasar a mesa.

El tzatziki y una gran ensalada salieron enseguida de la cocina. Después lo hizo el cordero acompañado por pimientos rellenos asados, arroz y aceitunas. Todo estaba buenísimo y además pudimos repetir. Decidimos no hablar de política durante la cena, pero como Christiana demostró

interés en hablar con nosotros, quedamos a la mañana siguiente en el Museo del Folclore, donde trabajaba.

– Nosotros, los mayores, la gente de mi edad, podríamos volver a entendernos con los turcochipriotas –nos dijo Harry en el vestíbulo de la casa, al despedirnos- como más o menos lo hicimos durante siglos. Nos gustaría ver Chipre reconciliado y reunido antes de morir. Pero me temo que los jóvenes ya son otra cosa. Toda su vida han vivido el desencuentro y se han radicalizado. Me ha gustado conocerlos a los dos. Os deseo lo mejor.

Las “mentiras” de Denktash

A las diez estábamos en el Museo del Folclore. Con Christiana estaba Eleni, la responsable, no mucho mayor que ella. Después de recorrer la colección hablamos con las dos, y nos dimos cuenta de que tenían idéntico punto de vista.

– ¿Por qué votasteis que no en el 2004? –pregunté.

– La decisión no fue fácil. Mientras Papadopoulos y Alí Talat estaban reunidos en Suiza con Karamanlis y Tayyip Erdogan, volvimos a tener esperanzas. Durante semanas se nos machacó con que era la última posibilidad. La noche antes tuve pesadillas. Los aviones turcos violan continuamente nuestro espacio aéreo. Si lo hiciese un avión griego, lo derribarían. El problema era la “letra pequeña”. No quedaba nada claro que el ejército turco se fuese y dejaban varias bases, cuyo territorio podía aumentar en el futuro por motivos de seguridad. Seguía prácticamente en pie la frontera entre ambas comunidades. El plan de Kofi Annan convenía a los intereses estratégicos de Washington, Londres y Ankara, pero a nosotros no. Por esto un 75% votamos en contra.

– Pero entonces ellos dijeron que con vuestra negativa justificabais y empujabais al Taksim, a la partición. No creo que os convenga tener un Kosovo aquí al lado –sugerí–. Pero, decidme, ¿Cuál fue el papel del Reino Unido? (había aprendido a usar el término Reino Unido como hacen ellos para distinguirlo del de británicos, tal como en Catalunya hacemos entre Estado Español y españoles).

– Antes de la independencia el sentimiento de identidad de la minoría turca estaba muy diluido, se sentían más chipriotas que turcos. A partir del 63, Denktasch... ¿Sabéis quien es Denktasch?

Asentí con la cabeza. Eleni prosiguió:

– Tenemos pruebas incontestables de que el TML puso bombas en objetivos civiles para culpar a la EOKA B

y justificar la invasión. Las que mataron tres niños turcos en el llamado Noel Sangriento del 63 no las pusimos nosotros. Al día siguiente teníamos encima los aviones turcos. No íbamos a ser tan tontos de provocarles. Éstas fueron las mentiras de Denktash. En Turquía había un dictador y los americanos necesitaban a Turquía, igual que la necesitan ahora. Ésta parece ser nuestra condena. Lo que no vemos claro es la postura de Europa.

– La postura de la UE no es unitaria –declaró Nicolás–. Están los países como Austria, Dinamarca y Alemania, y ahora también Francia, que se oponen a la entrada de Turquía y otros, como Italia o España, aparte de l Reino Unido, que se pliegan a los americanos, sea quien sea el que gobierne. El Presidente que tenemos ahora quiere ser el gran valedor de la entrada de Turquía en la UE.

– ¿Tienen mahometanos en España? –preguntó Christiana.

– Si, emigran desde Marruecos en los últimos años –respondí–.

¡No saben ustedes lo que hacen! –proclamó, bajando la voz–. Oigan, y sin ánimo de ofender: ¿Por qué no apoya su Presidente la entrada de Marruecos en la UE y deja de ir contra nosotros?

– Los motivos del gobierno español, igual que del italiano, son económicos. Les interesa la entrada de Turquía en la UE por su valor geopolítico y como mercado –explicó Nicolás.

– Anteponer el interés económico a la paz y la justicia es un pecado ético. Los mahometanos van a traerles cada vez más problemas –concluyó Eleni con acritud.

– Si criticas a Erdogan en España te acusan de islamofobia. Es lo que hay –repuso Nicolás.

Nos despedimos, quedamos en mantener el contacto. Después visitamos el Museo de la Guerra de la Independencia. Allí acabas de entender lo que pasó, al menos desde el punto de vista de los que liberaron a su país. Al fin y al cabo fue “su guerra” y, por mucho que les pese a los británicos, son “sus héroes”.

¡Qué feliz soy de ser turco!

No nos costó demasiado encontrar el paso a la zona ocupada, a pesar de que no está indicado en ningún sitio. La frase que encabeza este apartado, escrita en grandes caracteres, está colgada nada más entrar en la autopista que conduce a Kyrenia, y nos pareció un buen slogan.

Nuestro plan era comer en el puerto de Kyrenia, considerado con razón el más bonito de la isla. Al llegar a un lugar llamado Girne pensamos ir errados, hasta que vimos que Girne es el nombre turco de Kyrenia. Visitamos el imponente castillo, baluarte de la isla desde los tiempos de Bizancio. Tres detalles nos llamaron la atención: el gran patio central donde los británicos entrenaban a los reclutas, según informaba un cartel, una escenificación en las mazmorras donde el torturador era un religioso católico con una gran cruz entre los brazos, y la vida de Leonora de Aragón, mujer de armas tomar, esposa del rey Pedro I, y con una vida que daría para varias películas.

Después de la visita nos instalamos en la terraza de uno de los restaurantes del puerto y tomamos el primer contacto con los turcos. Era cuestión de encontrar uno que hablase un buen inglés, y apareció enseguida.

Mientras esperábamos el meze, empezamos a charlar con un vendedor de excursiones en goleta, que atendía por Mehmed. Era un chico extrovertido, que hablaba como si acabase de tomar el aperitivo una hora antes con Mehmed Alí Talat o con Dervis Eroglu. Ésto facilitó enormemente nuestra tarea porque al ir de sabelotodo nos fue abriendo, casi sin pedírselo, el camino para entender como piensan los que vienen a Chipre desde Turquía. Intentaré resumir.

– Para los turcos la muerte no es nada –empezó a bravuconear mientras iba y venía buscando clientes–. Ahora estamos preparados para tomar el control del sur de la isla en diez minutos. Turquía no tiene portaviones como USA y por esto necesita Chipre que está entre África y Asia, como base militar. Ochenta millones de turcos tienen cogidos a los militares y no les permitirían apoyar a los USA para invadir otra vez un país árabe como Irak para conseguir petróleo, una guerra que ha costado cinco millones de muertos.

– Con un ejército tan imponente, será difícil que les dejen entrar en la UE –le interrumpí despacio–, y sin éste ejército la población se va a tragar con patatas al estado laico y entonces si que “adiós a Europa”. Es un poco lo que dice Omar Pamuk sobre el laicismo y el ejército en Turquía.

– Pamuk es armenio, como Sarkosy, que por esto no nos quiere en la UE.

“Los turcos descalifican a Pamuk. Le llaman armenio que parece ser una manera turca de insultar, como polaco en España”, pensé.

– No va a decirme que Angela Merkel también es armenia –le dijo Nicolás con sorna.

– Angela Merkel es la representante más grande de los neonazis supremos (sic). En Europa no nos quieren –prosiguió sin inmutarse– pero quizá somos nosotros los que no queremos estar en Europa. Los USA tienen un imperio que durará cuatro días en comparación con lo que duró el otomano. Alí Talat, nuestro Presidente en Chipre, estudió en Turquía y luego en el Reino Unido. Es inteligente, pero no puede hacer nada que Ankara no le autorice. Propone hacer esto y lo otro, y luego Erdogan o el ejército le paran los pies.

Más información y en tan poco tiempo era imposible. Queríamos dormir en Famagusta, la ciudad que un día

fue quizá la más rica del Mediterráneo y ver su célebre muralla. Recogimos el coche y emprendimos la marcha. Llegamos entrada la noche y tuvimos problemas para encontrar un hotel. Un chico nos acompañó hasta Salamina (Salami) con su taxi, un flamante Mercedes nuevo y para nuestra desesperación nos dejó en un hotel monumental al lado de la playa, del que, a juzgar por el bufete de desayuno del día siguiente, sólo estaban ocupadas tres o cuatro habitaciones. Era un edificio terminado dos años antes, que ya empezaba a dar síntomas de deterioro. En recepción, tres empleados.

Al día siguiente, en cambio, la suerte volvió a acompañarnos. El recepcionista de turno era turco chipriota, nacido en Mehmetcik, en la península de Karpas, de padres procedentes de Turquía, y que por su condición de kurdo, podía ser una fuente de gran interés.

Había estudiado en Nicosia y “tenía muy buenos amigos greco chipriotas” nos dijo. Había votado afirmativamente en el referéndum, a pesar de que por su condición de hijo de colonos podía ser deportado al Continente si salía afirmativo. Creía que las dos comunidades se podrían llevar bien, y que todo el problema fue originado por el Reino Unido.

En vistas a lo que ya era una opinión unánime, quise obtener más información al respecto y se la pedí.

– El Reino Unido enrolaba turco chipriotas en el ejército y luego, en la lucha de la independencia, decían que los grecochipriotas habían matado turco chipriotas, cuando en realidad eran soldados británicos.

– ¿Cuál es tu opinión sobre el alcance y el significado de los asesinatos de población civil?

– Después de la invasión, salieron turcos que presumían “haber matado muchos griegos”, cuando en realidad habían estado escondidos en sus casas. Durante los 60’ los turcochipriotas tuvieron miedo, ahora son los griegos los que lo tienen.

– Pero, ¿y las matanzas en Murataga y Atlilar?

– Los asesinatos de Murataga son reales, pero ocurrieron en el 74, en plena invasión, cuando la Guardia Nacional se replegaba ante fuerzas muy superiores. Puedo entender su rabia y su impotencia. También los turcos fusilaron prisioneros al conocer los hechos. Son cosas que suceden en todas las guerras, lo que no es admisible es que en épocas de paz sucedan cosas como las que les voy a mostrar.

– Estas imágenes fueron tomadas hace ocho meses en Kurdistán. Miren que le hacen a este niño los dos policías de paisano –indicó mientras giraba el monitor de su PC para que pudiéramos verlo–.

– Le turcen el brazo y se lo rompen, como si tal cosa – señaló –, vean este otro.

Abrió otro vídeo. En él, un grupo de policías turcos de uniforme hundían sus porras en el cuerpo de un hombre hasta abatirle.

– Ahora díganme, ¿Quién es capaz de hacer esto? Sólo unas bestias son capaces.

Nosotros asentimos.

– No, no es una web, son vídeos que recibo en mi Facebook. Estas cosas ocurren ahora. En España tienen problemas con la ETA pero se las arreglan entre ustedes, como hicieron en Irlanda. Los kurdos, igual que los chipriotas somos piezas en el tablero de la política mundial.

Empleamos la mañana en visitar la antigua Famagusta (Gazimagusa, en turco). Todo el perímetro que delimitan las murallas está volcado al turismo. No es para menos; conserva muchas iglesias góticas en ruinas o convertidas en mezquitas, las palmeras crecen por doquier, las casas son bajas y de colores claros y alegres. La ciudadela, que el ejército turco ha abandonado recientemente, se conoce como la torre de Otelo, bautizada así por los británicos, porque Shakespeare ambientó la obra en Famagusta. El interior, las salas góticas y las casamatas están habitados por palomas; los suelos están llenos de munición. Al otro lado de los muros, las patrulleras turcas ostentan la flamante bandera roja con la media luna.

Comimos en una pequeña y limpia pensyon. Dentro de unos días son las fiestas del Ramadán Bayram. Frente a un par de botellas de cerveza, Osman Nalbantoglu, el dueño, nos asegura que no más de un 20% de la población practica los preceptos islámicos. Sin embargo, el Cyprus Mail, destaca en portada esta mañana que más de 100 turcochipriotas pasaron ayer a la zona libre para asistir al servicio en la mezquita del Sultán Tekke al sur de Lamaca y conmemorar el día de la primera revelación del Corán. “Si fuese cosa de todos los años no sería noticia de primera página” –pensé.

Y de remate, el militar inglés

El paso de una zona a otra por el Norte no está indicado en ninguna parte, pero se encuentra a base de preguntar. Repetimos las formalidades y enfilamos la carretera en dirección a Lamaca. Allí, entre la frontera que separa ambas zonas y la base británica de Dnekella, uno se siente otra vez encerrado entre muros y alambradas,

El aeropuerto de Lamaca se ha vuelto pequeño. Por esto hay que compartir mesa si uno quiere comer algo antes del viaje. Elegimos una. Nicolás se quedó para guardarla mientras yo daba una vuelta por el self service y al volver me lo encontré hablando con una mulatita de tres o cuatro años sentada en las piernas de su padre, un moreno inmenso, acompañados ambos del abuelo materno, un inglés de más de setenta años, delgado, de

mejillas chupadas, metido dentro de un traje estrecho de azul oscuro, con camisa blanca a cuadros y corbata a rayas de colores rosa y verde. Tenía los dientes mal y, consciente de ello, hablaba muy despacio. No resultaba fácil entenderle.

– Escucha Marina, escucha lo que dice– me indicó Nicolás divertido. Es de Birmingham.

– ¡Oh Dios, no me lo puedo creer!– exclamé en alta voz.

Era un veterano del ejército británico que acababa de visitar el cementerio militar, situado en lo que hoy es una base turca, para rendir homenaje a sus 17 compañeros caídos durante la guerra de la independencia. En Noviembre esperaba volver –nos dijo– para asistir a la inauguración del Memorial que se iba a instalar en el cementerio militar británico de Wayne’s Keep para facilitar el acceso a veteranos y familiares.

Robert Freeman sirvió tres años en el Royal Leicestershire Regiment. Ha ido más de veinte veces a Limassol donde tiene una casa alquilada con opción a compra. En todo este tiempo ha estado pensando en lo que pasó y ha llegado a la conclusión de que no hay culpables. Héroe para unos, terroristas para otros, aquellos chicos luchaban por su patria. Afirma que el tiempo ha borrado las heridas y que tiene amistad con antiguos miembros de la EOKA. Según él, fue Kissinger quien animó a los turcos a invadir Chipre. Insistió mucho en que anotáramos la Web de referencia para conocer el punto de vista británico.

En efecto la Britain’s Small Wars resultó de gran ayuda.

De regreso en Barcelona

Mi cuerpo se estremecía con el abrazo de Kypros. Sus brazos me rodeaban, después aflojaban el cerco, y al notarlo, eran los míos los que buscaban su cuerpo con avidez, en un reflejo casi mecánico.

Sentía el calor de su aliento en mi cuello, como una bocanada de incienso. Un penetrante olor a cera quemada me envolvía como si estuviese en lugar de culto y se mezclaba con el suyo, que resultaba tan característico y grato a mi olfato; aquel olor que me había sorprendido el día que pasábamos con energía los cepillos de púas por la escultura de fibra de vidrio, en compañía de su mujer. Un olor que no sabría describir, pero que combinaba bien con el aguarrás y los barnices. Mi mano acariciaba su pelo corto y su barba de pocos días. Sus ojos desprendían fuego, un fuego que me penetraba con total voluptuosidad.

Nos encontrábamos en el interior de un lugar que parecía ser un monasterio. Estábamos pintando los consabidos ciclos de la vida de Jesús en estilo italo bizantino (de esto no tengo la menor duda) y nos abrazábamos con determinación apoyados en un andamio. Al mismo tiempo noté una presencia no deseada a mis espaldas. Al volverme, tropecé con botes de todos los tamaños, que se agrupaban desordenados en el suelo. Uno de ellos, al volcarse, empezó a verter enormes cantidades de pintura roja, viscosa y fluida como si fuese sangre, que no tardó en inundar toda la estancia. En este preciso instante me di cuenta de la presencia de tres religiosos que nos miraban fijamente. Uno de ellos era el Abad, sentado en el trono con dosel que corresponde a sus prerrogativas. Vestido de rojo y oro, exhibía una larga barba blanca, sosteniendo con la diestra un báculo de tamaño exagerado. A su lado los hermanos Alexis y Cornelius cantaban el oficio de difuntos. En el suelo estaba dispuesto un catafalco donde, tendido encima de un gran tapete morado con bordados de plata, yacía el pater Dionisos. “Todos muertos, todos muertos”, repetía con insistencia. Empecé a abrir los ojos y me desperté.

La vuelta a la realidad fue rapidísima. Kypros desapareció en un instante y encontré mi cuerpo, huérfano de calor y afecto, acurrucado en la cama de mi apartamento de la calle Mallorca. No había sido un sueño desagradable, todo lo contrario. Me levanté para prepararme un café con leche y cubrí con jamón serrano cuatro rebanadas de pan integral de molde, que había puesto a descongelar antes de acostarme. Me las comí con avidez. Al terminar eché mano de un Danacol, y al terminar, de otro. Los dos kilos ganados en Chipre se habían convertido en tres a la semana del regreso. En todo este tiempo no había vuelto a ver a Nicolás.

“Otra vez vuelvo a tener sueños. Nunca sucede cuando estoy con él” pensé, decidiendo que era mejor tener sueños, lo que significaba estar viva, que empeñarse en mantener una relación que no funcionaba desde hacía tiempo. Durante muchos años Nicolás había vivido en mi casa y a mis expensas, poco dispuesto a ganarse la vida. Compartimos muchos puntos de vista, pero su manera

desconsiderada de tratarme me dolía profundamente. Desde hacía un año las cosas iban mejor porque dormía en el estudio que había alquilado para preparar sus trabajos, y yo estaba mucho más tranquila viviendo sola que con él.

Suponía que ahora tenía alguna historia, pero no me importaba y curiosamente, después del viaje a Chipre, no tenía el menor deseo de verle, a pesar del aprecio que siento por él. Y es que después de lo que había costado superar un status quo de tantos años, lo nuestro, si no ocurría un imprevisto, debería seguir así. Como en Chipre – pensé–, comunicados pero separados. Sin duda era lo mejor.

Con Georgios Papandreu como virtual ganador de las elecciones griegas del 4 de Octubre, vuelve a abrirse la puerta para el eventual ingreso de Turquía en la CE. Y ésto no será sin abordar el tema de las aguas territoriales del Egeo y la cuestión de Chipre. Los grecochipriotas podrían aceptar esta vez una confederación

si se desmilitariza la isla y se abre la vía para recibir indemnizaciones.

Lo de Chipre es una partida de póker con varios jugadores. Turquía será un gran país si emprende el camino adecuado, pero necesita tiempo. Ha estado diez siglos a las puertas de nuestro continente sin poder entrar y todavía debe esperar aun poco más. Tampoco es bueno que Europa se rodee de murallas para contener al Islam.